**RETIRO de ADVIENTO**

**LLENAD VUESTRAS ALCUZAS CON EL ACEITE DE UNA ESPERA ATENTA**

MIKEL HERNANSANZ

"Sucede con el reino de los cielos lo que con aquellas diez jóvenes que salieron con sus lámparas al encuentro del esposo. Cinco de ellas fueron necias y cinco sensatas. Las necias, al tomar las lámparas, no se prove­yeron de aceite, mientras que las sensatas llevaron aceite de repuesto en las alcuzas, junto con las lámparas. Como el esposo se retrasaba, les entró sueño a las diez y se durmieron. A medianoche se oyó un grito: "i Ya está aquí el esposo, salid a su encuentro!". Todas las jóvenes se despertaron y en seguida se pusieron a preparar las lámparas. Las necias dijeron: "Dadnos de vuestro aceite, que nuestras lámparas se apagan". Las sensatas respondieron: "Como no vamos a tener bastante para no­sotras y vosotras, será mejor que vayáis a los vendedores y os lo com­préis". Mientras iban a comprarlo, vino el esposo. Las que estaban prepa­radas entraron con él a la boda y se cerró la puerta. Más tarde llegaron también las otras jóvenes diciendo: "Señor, ábrenos". Pero él respondió: "Os aseguro que no os conozco". Así pues, vigilad porque no sabéis el día ni la hora".

Mt 25,1-13

**1. Salieron al encuentro del Esposo**

Otra vez Jesús y sus parábolas. Jesús conocía muy bien las costumbres de su época. Sabía cómo se celebraban las bodas entre la gente importante de las zonas de Séforis o entre las familias más pudientes de Tiberíades, gentes con alto poder adquisitivo. Sabía que todo un cortejo de muchachas aguardaba la llegada del novio, mientras este negociaba la dote en casa de los padres de la novia. A veces las negociaciones eran difíciles y tardaban más de la cuenta (señal de que "la novia lo valía"). El esposo se retrasaba. Nadie podía saber a ciencia cierta cuando iba a llegar. Solo se sabía que en cuanto llegase comenzaría el banquete. Pues bien, con este acontecimiento tan cotidiano, construye Jesús esta parábola para aquellos que le escuchaban y para nosotros que le escuchamos hoy.

En eso consiste el adviento (y en realidad toda nuestra vida), en salir al encuentro del Señor que llega. Aquellas muchachas incluso las llamadas "necias" ya habían hecho mucho. No se habían quedado en sus casas, pasivas y ajenas a la llegada del esposo. Incluso las "necias" salieron, llevando consigo sus lámparas. Signo este de la esperanza y la ilusión con la que acudían a su encuentro.

El evangelio está lleno de personajes que quieren encontrarse con el Señor. Cada cual acude a Él desde su realidad personal, desde sus circunstancias. Unos acuden desde la necesidad o el sufrimiento, como por ejemplo el ciego Bartimeo y tantos otros ciegos, enfermos o pobres que aparecen en el evangelio. Otros, como Zaqueo, quizá no estén atravesando situaciones tan duras. Ellos acuden desde el deseo de ver a Jesús, de conocerle más y de amarlo mejor. Estas muchachas salen al encuentro del novio con una esperanza encendida, simbolizada en la luz de las lámparas que llevan.

Por eso hoy, podemos preguntamos ¿con qué esperanzas salgo yo al encuentro de este Señor, al que vamos a ir aguardando especialmente durante el adviento? ¿Qué luces, qué esperanzas me alumbran? ¿Qué luces y qué noches me acompañan? Vamos donde el Señor con todo lo que somos, con todo lo que esperamos, con todo lo que vivimos.

Y quizá sea bueno comenzar nuestro retiro contando con las luces que sí tenemos. Con aquello que sí alumbra nuestra vida cotidiana. Con los rayos de esperanza que podemos reconocer en todos los ámbitos de nuestra vida: en nuestras relaciones de comunidad o de familia, en el trabajo (tanto en lo que hacemos como en la relación con la gente y con nuestros compañeros/as), en nuestros compromisos, en nuestra oración... Nuestras luces y nuestros avances también en lo personal, haciéndonos más conscientes del camino recorrido. Agradeciendo al Señor que no deje de poner "higueras" en el camino a las que subimos para encontrarle. A pesar de nuestra baja estatura o de la muralla del gentío.

El Señor mira con cariño nuestras pequeñas esperanzas. Su primera reacción no es censurar nuestras esperanzas por demasiado estrechas. Lo primero es acoger, saludar y abrazar nuestras esperanzas. Aunque sean de formato pequeño y amenazado. El Señor no se apresura a criticar nuestras esperanzas o nuestros avances por inconsistentes y quiere que tampoco lo hagamos nosotros.

Pero en un segundo momento, lo que el Señor hace es ensanchar nuestras esperanzas. Pasarlas a la otra Orilla. Unas veces porque nuestras esperanzas son pocas. Porque a veces somos muy tacaños en el esperar. Preferimos el "paño viejo" de nuestras esperanzas conocidas, que el "manto nuevo" de las esperanzas que nos trae el Señor por conocer. Muchas veces seguimos metiendo el vino nuevo de las esperanzas que nos ofrece el evangelio en los "odres viejos" de nuestras pequeñas preocupaciones. Y, entonces, el Señor tiene que ensanchar nuestras esperanzas más allá de nuestros escepticismos o de nuestros cálculos. Y otras veces tiene que ensanchar nuestro mismo modo de esperar, porque resulta demasiado estrecho. Parece ser que es en esto en lo que se centra este relato.

**2. Pero el esposo se retrasa**

Según avanza la parábola nos encontramos con una situación vital que seguramente todos hemos experimentado. La parábola lo expresa diciendo que "el esposo tarda". Detrás de esta constatación de que "el esposo tarda", el "esposo se retrasa", está esa experiencia que tenemos muchos: nos gustaría que Dios fuera para nosotros ya la Roca definitiva; que Jesús acabara de cogernos el corazón. Nos gustaría que nuestras familias o comunidades, no que fueran perfectas (porque eso es imposible y además ni siquiera sería bueno) pero sí que vivieran más volcadas hacia el Reino, que la relación entre nosotros fuera más estrecha, más honda. Nos gustaría que en este mundo nuestro hubiera menos dureza para con los débiles sociales. Que la economía no beneficiara siempre a los mismos. Que los chavales de nuestros barrios no tuvieran que estar todo el día en la calle, aburridos y liándola. Nos gustaría que en esta Iglesia nuestra fueran calando los mensajes y los gestos que venimos escuchando del papa Francisco. Nos gustaría no quedarnos tantas veces enredados en nosotros mismos y en nuestras preocupaciones. Nos encantaría poder mirar la realidad como la mira Dios.

Nos gustarían estas y otras tantas cosas, pero nuestra sensación, como la de aquellas jóvenes, es que todo esto tarda o se retrasa, como se retrasaba el tan esperado novio. También hoy podemos hacernos cargo de todos aquellos "nos gustaría que" que pueblan nuestro corazón. No las fantasías imposibles, sino deseos genuinos, alcanzables y que sin embargo parece que tardan en llegar, que comienzan a retrasarse demasiado.

**3. Nos cansamos de esperar**

Aquellas jóvenes, tanto las prudentes como las necias, podían esperar un rato, unas horas, una temporada, unos años diríamos nosotros. Pero nos cuesta esperar, nos cansa esperar, nos duele esperar. Nos entra, como a todas aquellas, el cansancio y el sueño. Esta parábola nos habla de esperas de largo recorrido. No de vigilias fugaces y puntuales. No de esperas crispadas y ansiosas. Nos pide y nos ofrece poner nuestra paciencia pequeña y nerviosa, que busca resultados ya, al lado de la Paciencia, larga y generosa, que procede de Dios y que permanece activa, haya resultado no. Es claro que este tipo de paciencia y de espera, tan gratuito, nos ha de venir regalado de la Orilla de Dios.

Se nos habla de esperas activas y pacientes. Y nuestra psicología, muchas veces, no está hecha para este tipo de esperas. Podemos dar un arreón y durante un tiempo permanecer en una espera activa. Pero cuando constatamos que los cambios son lentos, que la cabra tira demasiadas veces al mismo monte, nos desanimamos o bajamos la guardia o pensamos que lo nuestro no tiene remedio. Hay trasformaciones personales que necesitan años. Y no siempre van a suceder tal como lo esperábamos. En este tipo de esperas largas o perdemos el carácter activo de la espera... perdemos la paciencia. Cuando hemos intentado lo mismo tres, cinco, diez veces y creemos que no hemos avanzado demasiado, la tentación es retirarnos. La pregunta que nos sugiere este texto es: ¿Vas a ser capaz de permanecer en una espera activa y paciente aun cuando los frutos tarden en llegar? ¿Qué o Quién va a sostener este tipo de espera?

Hablamos de una espera activa, paciente... pero también desangustiada. En la espera creyente hay tiempo y espacio para la risa, para el trabajo y también para el sueño y el descanso. No solo cayeron rendidas las cinco jóvenes necias, también las otras cinco sensatas. También en la espera necesitamos tiempos de descanso, porque el Señor sigue guardando de sus amigos mientras duermen. Y porque necesitamos aprender tanto a no dormirnos en la tarea, como aprender a "dormir la tarea", dejar nuestras preocupaciones y anhelos en manos de Dios. Aprender a vivir las dos cosas a la vez.

**4. Alcuzas de aceite de repuesto: el aceite del día a día**

La espera del creyente es una actitud del corazón, más que un tiempo concreto. Es alguien que vive esperando, aguardando al Señor en toda circunstancia. Y aquí hay temporadas intensas y hay otras en las que parece que no pasa nada relevante. Pero la lámpara encendida es la que hace que vivamos con pasión tanto unas temporadas como otras. Tanto lo extraordinario como lo cotidiano y lo pequeño. La espera es una forma de permanecer atentos. Atentos a la oración de cada día, al trabajo novedoso o rutinario, complicado o sencillo, de cada día. Atentos al trabajo y atentos al descanso. Aprender a no dormirnos en la tarea y a dormir y descansar la tarea en manos de Dios. Y a nosotros con ella. Atentos a los pequeños gestos de amor para con los más cercanos de cada día. A los perdones que tenemos que pedir o dar, casi cada día. Atentos a las cosas pequeñas que muchas veces tienen el riesgo de pasar inadvertidas, pero que tan importantes son. "Como has sido fiel en lo poco pasa al banquete de tu Señor" dirá Jesús en la siguiente parábola.

Atentos a las pequeñas cosas y atentos a la presencia de Dios en medio de ellas. Dios nos sigue guiñando el ojo en medio de la realidad. Nos sigue diciendo: "Me gustaría vivirlo todo contigo. ¿Me vas a dejar?" ¡Ese es el "me gustaría" de Dios para con nosotros! Él nos sigue ofreciendo su mirada y su modo de vivir las cosas, su presencia en medio de ellas. ¿Le vamos a escuchar?

Un creyente va descubriendo que el aceite de su empeño, de su esfuerzo, de su lucha... siendo imprescindible, es insuficiente. Todos hemos experimentado, lo mismo que las cinco jóvenes necias, que el aceite de los primeros idealismos, de los primeros años de vida creyente o de comunidad, que los mejores propósitos, no son capaces de dar luz cuando la noche se prolonga. Las cinco jóvenes representan acaso esa etapa nuestra en la que pensábamos que las cosas iban a ser más fáciles y más rápidas. Pensábamos que con el aceite de nuestro voluntarismo, de nuestra generosidad, de nuestros deseos de radicalidad íbamos a alumbrar y encontrar cumplidas nuestras esperanzas. Y muchas veces vemos que no ha sido así.

Pero una vez más el evangelio, cargado de realismo, nos introduce en una nueva posibilidad: la de ser él quien sostenga y ensanche nuestras esperanzas. Hay un tiempo en el que nuestras esperanzas se alimentan de las metas que vamos alcanzando, conquistando. Hay tiempos en que nuestras esperanzas parecen agotarse y vivimos agotados. Pero hay otro tiempo en el que nuestras esperanzas ya solo pueden alimentarse del aceite que el Señor tiene a bien introducir en las lámparas de nuestra vida. Y entonces ese aceite es el "gota a gota" de su ración de fe, de esperanza, de amor, de fuerzas, de mirada buena... que el Señor nos va regalando cada día y solo para cada día. Como el maná que caducaba al ponerse el sol o como el pan nuestro que pedimos solo para cada día. De manera que ya no buscamos conseguir objetivos sino hacer su voluntad cada día. Permanecer atentos a Él, cada día. Pedir mirada buena, cada día. El "gota a gota" con que el Señor va rellenando nuestras alcuzas cuando las lámparas de nuestra generosidad natural se van agotando, cuando nuestros poderes se van gastando, cuando nuestra luz se va apagando.

De forma que, seguimos implicados en nuestros trabajos y en nuestros amores cotidianos ¡cómo no!, pero vamos aprendiendo a recibir lo que el Señor nos va regalando cada día. "Ya no tengo expectativas, ahora sencillamente espero". "Espero en Ti, Señor y me dejo sorprender por Ti. Porque Tú eres más grande que mis mejores sueños. Porque Tú siempre tiras de la esperanza para adelante y para afuera de mis pequeños mundos, abriéndome a los otros, abriéndome a tus preferidos. Y si Tú tienes a bien que algunas de mis ilusiones se cumplan de alguna manera, bienvenido sea. Sería de tontos no alegrarse. Pero si no se van a cumplir o se van a cumplir a medias o de otra manera, lo que más me importa es que Tú permanezcas ahí, ofreciéndome tus dones, tus tesoros, ofreciéndote Tú mismo. Que cada mañana salga de mis labios la misma oración: "Enséñame el camino que he de seguir, también hoy, pues levanto mi alma hacia Ti, Señor. ¿A dónde si no?" (Sal 142).

**5. Un anuncio que siempre nos coge por sorpresa**

"Ya está aquí el Esposo, salid a su encuentro". De muchas maneras este va a ser el anuncio que oímos durante este tiempo de adviento. Un anuncio que nos invita a prepararnos para la venida del Señor. Ojalá que nuestra espera se vaya haciendo de esta especie de aceite mezclado entre lo que nosotros ponemos de disponibilidad y lo que Él pone de novedad y de Vida en nosotros. Porque siendo un anuncio que nos llega todos los años, para cualquiera de nosotros siempre resultará un anuncio cargado de novedad. En ese "Ya está aquí" y en ese "salid a su encuentro" nuestra fe se siente urgida a avivar la atención. Y cada año de una manera distinta. Con unos acentos, con unas situaciones nuevas. Pero también con palabras nuevas de parte de Dios hacia nosotros.

Dice el texto que aquellas jóvenes se despertaron y se pusieron enseguida a preparar sus lámparas. A eso nos llama el adviento a despertar nuestra fe, nuestra esperanza, nuestro asombro. No porque no existan sino porque a veces se nos quedan como dormidos. El adviento es una especie de sacudida cariñosa pero firme que nos habla de centinelas, de vigías, de estar atentos. En ese "en seguida" está toda la urgencia del amor. Toda la sensación de que ahora lo que importa es esto. Un anuncio que, a pesar de conocerlo de sobra, siempre nos coge por sorpresa. Siempre nos resulta distinto. Y ¡Ay de aquel día en que nos acostumbremos a sus sorpresas! Por eso no hay que tener miedo a recobrar la ilusión en estos días, a recobrar la expectación, a poner a punto nuestras lámparas. Porque siempre nos encontraremos, por conocido que lo creamos, con algo que nos sobrepasa. Porque siempre nos resultarán "inagotables" los tesoros de Dios. Y su mayor tesoro, y el nuestro, es su propio Hijo. De ahí que también la sorpresa en nosotros siempre será nueva... y mayúscula.

El adviento es como un ensayo, es como un entrenamiento. Lo que el adviento hace es insistir en una actitud, en una dimensión de nuestra fe que no es solo para estas cuatro semanas, sino para toda la vida. De alguna manera, en estas cuatro semanas, ensayamos lo que nos gustaría que fuera la "pieza que hemos de interpretar a lo largo de nuestra vida". Ojalá que cada vez que el Señor llega a nuestra vida, de la forma que sea, nos encuentre con nuestra atención amorosa encendida. Que eso es el Adviento, un ensayo de mantener despierta la "atención amorosa" al Señor que llega. No es una atención crispada, ansiosa, voluntarista, se parece más al deseo del Amado, del Esposo que llega, aunque se retrase.

**6. Un Dios que se parece mucho a esas jóvenes prudentes**

Y quizá, si diéramos la vuelta a la parábola, acaso sea el mismo Señor el que se parece a las muchachas sensatas. Esperando con infinita paciencia, con la lámpara de su amor encendida, nuestros constantes retrasos. Esperando nuestros regresos, nuestras vueltas. Sin desfallecer ante semejante tardanza. Y deseoso, cuando nos ve aparecer a lo lejos, de abrazarnos y de hacer fiesta por nosotros. ¿No es eso lo que nos cuenta Jesús en esa otra parábola que llamamos del hijo pródigo, y que podríamos llamar la "parábola del hijo que se retrasa en volver"?

**7. Personal e intransferible**

No nos gusta esta parábola porque pensamos que las jóvenes prudentes han sido unas egoístas al no prestar su aceite a las otras. Pero acaso lo que nos está diciendo esta parábola es que en el camino de la fe y de la esperanza y también en el del amor "no podemos vivir ni de las rentas ni de prestado". Con el tiempo comprobamos que en este camino creyente somos acompañados por muchos hermanos y por mucha gente. Todo esto nos anima, nos apoya y nos sostiene. No salimos en solitario al encuentro del Señor. Pero lo que nos recuerda también esta parábola es que, al final, la experiencia de cada uno, su aceite, es intransferible. Me ayuda, pero no me sirve el aceite de la lámpara del otro. No pueden prestarme su aceite, su vivencia. Tengo que vivirlo yo. Ni yo puedo prestársela al otro. Tiene que vivirlo él o ella. Lo tenemos que vivir cada uno.

Porque ese aceite está hecho de lo que cada uno hemos ido llenando en nuestras alcuzas cada día y de lo que el Señor ha ido poniendo, diariamente, en ellas. Y eso ni se improvisa, ni es trasferible así como así. Uno no puede ir corriendo a última hora y de mala manera a lo que no ha ido preparando en el día a día.

**8. Entraron con Él a la boda y hubo fiesta**

Pero la buena noticia de este texto es que el Esposo tarda en llegar, pero llega, llega siempre. Y entonces descubrimos que ha sido Él el que ha sostenido nuestra espera, era Él el que rellenaba nuestras alcuzas con el aceite de su Gracia. Y descubrimos que, cuando el Esposo llega a nuestras vidas, en nuestro corazón se hace fiesta y bodas. Que cuando el Esposo llega a este mundo nuestro, a los pobres, a los que más le aguardan, entonces estimamos en nada los rigores y los sinsabores de la espera y del trabajo. Nada, Señor en comparación con tu presencia desconcertante y fiel.

Nos recuerda aquel otro pasaje en el que Jesús llama a sus discípulos "los amigos del novio" (Mt 9,14-17). Una vez que le preguntaron ¿Por qué tus discípulos no ayunan? Él les contestó: "¿Es que pueden estar tristes los amigos del novio mientras el novio está con ellos?". La respuesta es evidente: "¡No!". No pueden estar tristes y sería ridículo que los invitados a una fiesta, a una boda, ese día se pusieran a ayunar. Cuando el novio está con ellos hay alegría, hay fiesta. Dice la versión de Lucas: "¿Por qué los discípulos de los fariseos y los discípulos de Juan ayunan y en cambio los tuyos comen y beben? Y la respuesta en ambos casos es "porque el novio está con ellos". Cuando el novio está con nosotros, en nuestro corazón hay fiesta y hay alegría. A veces, el seguimiento a Jesús lo tenemos demasiado asociado a la carga, al peso, a la renuncia, a la cruz. Cuando la asociación más inmediata es esta: "¿Es que pueden estar tristes los amigos del novio mientras el novio está con ellos?" La res­puesta es evidente: "¡De ninguna manera!".

"Cuando Tú habitas nuestro seguimiento siempre hay novedad. Aunque llevemos muchos años en esto del seguimiento; aunque a veces nuestras personas o nuestras comunidades o nuestras actividades nos parezcan tan gastadas como un "trapo viejo" o como unos "odres obsoletos"... Entonces, precisamente entonces, apareces Tú, ¡radiante!, y haces todas las cosas nuevas. Cuando Tú estás en la vida de una persona hay novedad siempre. Cuando jóvenes y cuando más mayores. Se vivirá y se expresará de distinta manera, pero novedad... ¡siempre! Porque tu amor no tiene fin, ni rutina. Otra cosa es que nuestra sensibilidad creyente, nuestras "antenas de la fe", estén embotadas o agarrotadas y no alcancen a vivirlo conscientemente".

"Por Ti, y solo por Ti, tienen sentido las comidas y los ayunos, la tristeza y la alegría, la fiesta y el llanto". Entonces, ¿Qué tenemos que hacer mientras el novio está con nosotros? Disfrutar, disfrutar mucho de Él y con Él. Disfrutar todo lo que podamos. Comprar "odres nuevos", si hace falta, para que quepa más, para disfrutar más. Porque además así vamos a salir de otra manera y mejor a la misión, al mundo, a las tareas, a los pobres, a las luchas diarias; a las tristezas y a las preocupaciones también. "Con Él, Contigo". Nos va mucho en atesorar experiencias de alegría compartida con el Señor en lo cotidiano para que, cuando llegue el día en que nos quiten el novio, entonces nuestro ayuno y nuestra tristeza sigan siendo también "por Él y con Él".

El adviento es el anuncio de que ya está llegando ese novio al que esperaban las jóvenes, al que espera nuestro corazón, al que espera la humanidad (aunque no sepa darle nombre ni forma). Y es el anuncio de que ese Novio ha venido para quedarse. Del todo y para siempre (Emmanuel, Dios con nosotros). Entonces, mientras el novio esté con no­sotros no seamos aguafiestas. Dejemos que la alegría y el amor fluyan en nuestra vida. Con Él. "Y cuando toque tristeza y ayuno... que sea también Contigo, Mi Señor... ¡y mi amor!".

Algunas preguntas para dejar que resuenen delante de Ti, Señor:

1. ¿Con qué esperanzas salgo yo al encuentro de este Señor, al que vamos a ir aguardando especialmente durante las cuatro semanas de adviento? ¿Qué luces, qué esperanzas me alumbran? ¿Qué oscuridades y qué noches me acompañan?
2. ¿En qué realidad vivo con más fuerza que "aquello que me gus­taría" se retrasa, que tarda en llegar? ¿Cómo vivo la espera?
3. ¿Cuál es el "gota a gota" de amor cotidiano que he de introducir en las alcuzas de aceite? ¿Cuál es el "gota a gota" que necesito recibir del Señor para no sucumbir en la espera?
4. "¡Señor, en mi corazón hay fiesta cuando Tú estás conmigo. Y en el corazón del mundo... también!"